

Es el amor, amor

Relatos Aparte



Capítulo 1

ES EL AMOR, AMOR

Silencio. Tranquilidad. Era una típica mañana de verano. El mundo despertaba y realizaba los primeros gestos del día. Un señor de pelo blanco canoso con un cordón de oro al cuello y gafas de sol oscuras observaba estático la televisión en el oasis personal de su terraza privada. Más abajo, dos adolescentes, que conocía bien, reían y se lanzaban bromas constantemente tumbados en la hierba fresca recién cortada de la piscina. Y un bulldog blanco francés marchaba poco a poco mimetizándose con las grandes losetas del camino de la entrada de la mansión.

Las palabras suaves y dulces de una canción italiana de la radio volaban en el aire y embriagaban la estancia de un nuevo aroma, que se entremezclaba con el ambiente cálido reinante, como si de un perfume recién pulverizado se tratara. Las paredes eran del color de la crema del mocaccino que reposaba humeante encima de la mesilla al lado de su sillón. Un sillón clásico de flores carmesí y azul índigo con pétalos alargados y elegantes.

De pie, daba vueltas por la habitación, abstraída de la música y de la vida matutina de aquel día. Una mano sujetaba su cintura y la otra apoyaba el dedo índice en su mentón. Era así como recordaba todos y cada uno de los momentos felices que pasó junto a él. Se acordaba del sonido del claxon de la vespa que venía a buscarla las mañanas de verano en Capri, de los besos café cuando le daba los buenos días, de la sonrisa luminosa que le dirigía al contemplarla durante los paseos en yate al atardecer, de las noches mágicas bajo el cielo inmenso estrellado.

Como si de un ritual se tratara, se acercó a la mesilla y cogió la taza de café. Bebió un sorbo y se aproximó a la ventana. Podía contemplar a su padre ensimismado con la tele en la terraza, a sus sobrinos jugando en el césped y a su perro Francis que casi ya no se le veía de lo lejos que había llegado por el camino pavimentado. Después, se colocó frente al espejo de pared encima de la chimenea imperial de mármol blanco rosáceo. En su reflejo lo veía a él. Veía el color azul intenso del mar mediterráneo en sus ojos, saboreaba sus besos sorbiendo su mocaccino de una vez y en su sonrisa resplandecía el blanco perlado de sus dientes.

Daba otro sorbo cuando de golpe, el reloj majestuoso encima de la repisa de la chimenea marcó la hora esperada. De un momento a otro llegaría, tenía que estar preparada. Muchas mañanas y atardeceres habían transcurrido a lo largo de los años desde que se fue y ahora todo le

parecía como si fuera ayer.

Empezaba a temblar, a tocarse la gargantilla delgada de su fino cuello. La hacía también temblar moviendo la mano de un lado a otro. Dejó el café en la repisa junto al reloj y se dejó caer sobre el sillón al lado de la ventana frente a la puerta. Cruzó una pierna sobre la otra y entrelazó sus manos. No era capaz de mirar de frente a la puerta, así que bajó la cabeza y desenlazó sus manos. Jugaba con el anillo fulgurante de su mano derecha que tenía grabado al dorso la promesa que algún día él le hizo, "Always forever" por su canción favorita de Cults que tanto le encantaba escuchar las noches enteras junto a él.

Se lo probaba en cada uno de los dedos secos y delgados como nunca antes hasta que el sonido del claxon de una vespa en su imaginación la devolvió de nuevo a la realidad.

Llamaron a la puerta de su habitación y ésta se abrió. Era él. Ambos se miraron paralizados uno frente al otro como si el tiempo los hubiera congelado para siempre en ese mismo instante. Veían el largometraje de su vida pasada juntos a través de los ojos del otro.

Ensimismados, sintieron ganas de retroceder en el tiempo y volver a reproducir algunos de aquellos momentos mágicos de su relación. Sin embargo, también se dieron cuenta de que ya no eran los mismos, de que difícilmente podrían devolverse a aquella época en la que aún se pertenecían. Ella reconoció perfectamente esa sensación y supo en aquel momento que hay veces en las que es mejor dejar el pasado intacto para poder volver a él de vez en cuando, como en días de lluvia, por ejemplo; que leer la misma historia una y otra vez, tan sólo porque no sabemos darle un final acorde con uno mismo.

Así pues, rompiendo el transcurso de esa vorágine de sentimientos y recuerdos hilvanados, él cerró la puerta, se acercó a ella y le dijo en voz baja:

- Ese anillo ha pasado de generación en generación en mi familia. La ceremonia es dentro de unas horas. Tengo que dárselo. É l'amore, amore mio.